

Alicante 15 de Enero de 1884.

LO DEL DÍA.

La izquierda dinástica está herida de muerte; el discurso del señor Navarro Rodrigo ha causado profunda sensación por la manera especial como ha demostrado al señor Posada Herrera, que S. M. el Rey no ha debido aceptar ni la revisión del código ni el sufragio universal, conforme lo dejó dicho el presidente del Consejo en las Cámaras, y no ha debido aceptarlo por cuanto respecto de estos puntos que tanto dificultan la conciliación, no tenía ni principios fijos ni ideas concretas ni determinadas.

¿De qué sufragio universal, —dice el Sr. Navarro Rodrigo,—habló su señoría á S. M.? ¿Del sufragio universal tal y como lo entendía su señoría dos ó tres días antes de formar Gobierno? ¿Del sufragio universal de que nos hablo en la sección tercera delante de 70 diputados? ¿Del sufragio universal tal y como lo entiende la extrema izquierda? ¿Del sufragio universal consignado en la ley del 70?

Como S. S. no tiene criterio fijo acerca de este punto, mal ha podido concretarlo delante de S. M.

¡Revisión constitucional!

¿De qué clase de revisión constitucional habló el Sr. Posada Herrera á S. M.? ¿Es de aquella reforma constitucional que inspira temores á los verdaderos monárquicos, porque pone á discusión las instituciones fundamentales; ó es aquella otra revisión constitucional de que nos hablaba S. S. desde ese banco, sin que las instituciones se discutan y sin que afecte en lo más mínimo á la religión católica?

Tampoco S. S. ha formado sobre esto una opinión definitiva; y si esto es verdad, como todos reconocemos y recordamos, ¿qué mucho que yo diga á S. S. que no es exacto que haya presentado á S. M. el programa que el rey no podía aceptar?

Por eso decía y repito que es poco concreto y ortodoxo traer al debate las opiniones de S. M., porque con esa llaneza cargada de intención, parece como que se pretendía poner en contradicción á esta mayoría con las opiniones del rey, que no puede tenerlas, y ménos expresarlas en esa forma, porque

entonces vendría á ponerse en contradicción si mañana, en uso de su libérrima prerrogativa, quisiera llamar ó constituir Gobierno al presidente del Senado, al del Congreso, ó á los conservadores para disciplinar al partido liberal.

(Grandes aplausos; gran número de diputados felicitan al orador, incluse los mismos amigos del señor Martos.)

A todo esto ¿qué va á contestar el Sr. Posada Herrera? Cuando comience por estudiar el programa de la política que preside, cuando concrete sus teorías y sepa á qué atenerse, cuando enuncie las aspiraciones de cada uno de sus compañeros de gabinete, en una palabra cuando sepa él mismo lo que quiere y lo exprese de una manera franca y explícita podrá presentar á S. M. y luego á las Cámaras el programa de la izquierda, el código político que con tantas contradicciones aparece presentado á la alta prerrogativa para afirmar después con sorpresa de todos que ha sido reconocido por el rey y aceptado.

La izquierda á lo visto y por lo que se desprende de sus procedimientos y conducta, ha pretendido crear una situación con los materiales del código del 69, y sin artificios que llevarán á feliz cima el pensamiento, pero la obra de la osadía construida sin bases irremisiblemente ha de venir al suelo, mal que pese á los que están haciendo esfuerzos titánicos para coronarla con el concurso de los republicanos cuya ayuda invocan «La Izquierda Dinástica» y «El Progreso».

En los anales parlamentarios jamás se ha visto un gabinete sentado en el banco azul tan desairado y corrido. El país representado por una inmensa mayoría, pesa sobre ellos de una manera abrumadora y terrible. A la fecha debieran haberse convencido de la imposibilidad de atraerse las fuerzas con que cuenta el Sr. Sagasta para restablecer el imperio de la lógica y de la razón que en política representa. Si fundaba su esperanza en el desquiciamiento del partido constitucional dinástico, hora es ya que la rectitud tan fuerte siempre para los que de ilusiones viven, les despierte y les haga comprender en la ridícula situación en que se hallan, divorciados de los sentimientos del país

y en pugna abierta con ellos mismos, porque la izquierda dinástica conserva latente una cuestión capitalísima que la devora, la cuestión de jefatura, llámala á acarrearla muchísimos disgustos, si contra lo que se espera adquiere preponderancia y toma vuelo.

Pronto sabremos el resultado de la campaña emprendida, no contra la constitución del 76, porque con ella se avendrían muy bien á gobernar nuestros adversarios, sino contra la personalidad del Sr. Sagasta cuya representación é importancia han querido menoscabar muchos ingratos y no pocos ilusos.

Sin Sagasta cualquiera que hubieran sido los términos de la conciliación, hubieran sido aceptados porque á cualquiera se le alcanza entrever los puntos que calza el patriotismo de ciertos políticos afiliados en el nuevo partido. El principal objetivo de estos, es el poder á toda costa alcanzado, conseguido por todos los medios imaginables sin importarles ni poco ni mucho el programa porque han de gobernar el país.

Al leer el primer párrafo del artículo ó cosa así, que titulado «Caramba, caramba!» publica nuestro querido colega «El Graduador» en su último número, tuvimos intención de no continuar la lectura porque nos hicimos la cuenta de que no merecía la pena de leerse trabajo que comienza con una tontería.

Porque, en efecto, el contenido de ese primer párrafo del artículo mencionado, es sencillamente una tontería dicha con gravedad. ¿Qué significa haber hecho de médico la boca y el estómago de verdugo, ni aun relacionándolo con lo demás de el artículo?

Tales palabras no significan nada y ese encabezamiento, por otra parte, es lo mejor del escrito de «El Graduador» que no es más que una lamentación sin duda por haberle tocado en alguna llaga no cicatrizada.

¿Quiéreme decirnos «El Graduador» dónde le duele para que otra vez llevemos más tiento al tocarle?

Y el dolor debe haber sido agudísimo cuando en el paroxismo del sufrimiento se le ocurren al apreciable diario republicano cosas tan peregrinas como las que estampa en el escrito de que nos ocupamos.

¿De donde saca «El Graduador» que nosotros no queramos que se ocupe del jefe del partido liberal-dinástico de Alicante? Nada ménos que eso; ni nosotros pedimos ni hemos pedido nunca á nadie imposibles. Demasiado sabemos que para

la política que hace y representa el colega, en la que para nada juegan los principios, desempeñan las personalidades un elemento indispensable. A «El Graduador» jamás le ha importado discutir con sus adversarios la bondad ó malicia de las escuelas políticas en su parte técnica y especulativa; esto nada tiene de importante para los que tienen por bandera lo posible, es decir todo menos la consecuencia y la seriedad que es lo único que, juzgando á todos por sí mismos, consideran en los hombres públicos, imposibles.

Sabiendo esto, como lo sabemos de antiguo, no exigiremos nunca á «El Graduador» que no se ocupe de nuestro respetable y querido jefe. Lo que nosotros hemos pedido al colega, y éste aparenta no haber entendido, es que al ocuparse tanto de él, como de nuestros amigos, lo haga siempre en el terreno digno y decoroso, dejando á un lado ruines pasiones de bandería y ajustándose siempre á la verdad. Eso es lo que nosotros hemos pedido siempre á «El Graduador» usando de su derecho que por nuestra parte á nadie negamos en estas columnas.

Por otra parte; como habíamos de exigir que no se ocupase «El Graduador» del Sr. Terol, cuando nos consta como á todos, que nuestro respetable amigo tiene á grande honra poner todos sus actos públicos y aun los de su vida privada á disposición de todos los que de buena fe quieran discutirlos puesto que viviendo política y socialmente como en casa de cristal no teme y antes lo desea, que todos se fijen en sus actos?

Puede «El Graduador» y en ello recibirá favor siempre el Sr. Terol y nosotros, ocuparse cuanto guste de él, pero tenga en cuenta que si se separa en sus ataques de los procedimientos correctos, si envenena sus dardos para que aun cuando las heridas sean leves las emponzoñe el tósigo que moja su punta, entonces nosotros que no tenemos vocación de mártires y que á fuerza de entendérmolas con él, hemos aprendido su táctica de combate, usaremos iguales armas y ya quien Dios se la dé San Pedro se la bendiga.

En el mismo artículo que contestamos se hace también una afirmación que aun cuando malévola, ha dado al colega resultado contrario al que se proponía.

El colega ha querido molestar al Sr. Terol diciendo que este es agradecido.

Y tanto como si y es una de las condiciones que más enaltecen su carácter. Por lo visto, y cuando tal extrañeza causa á «El Graduador», la gratitud no es virtud republicano-posibilista.

Por lo demás mientras «El Graduador» no pruebe, que no probará, que la gratitud ha impulsado al

Sr. Terol á cometer ninguna baja ni acto perjudicial al partido que en él tiene depositada la confianza, con su gratitud se queda, y «El Graduador» con la gloria de haber censurado que aun haya hombres agradecidos.

Cuando leímos lo que el colega consigna respecto á los Sres. Poveda y Terol, comprendimos que algo debíamos nosotros haber inadvertidamente asegurado que dolía á «El Graduador», cuando de tal modo la ira le cegaba. Solo así se explica que los ataques que dirige á nuestro amigo, por la fuerza misma de la lógica, resultan elogios, que nosotros, que conocemos su modestia nunca nos hubiéramos atrevido á tributarle.

Si; el Sr. Terol guarda á D. José Poveda y se lo guardará mientras viva, afecto de gratitud por haberle indicado para diputado provincial de Elche; y en este agradecimiento no hay nada que pueda sonrojar ni al Sr. Terol ni á nadie.

Otros agradecimientos son los que no pueden vocearse por el origen que los motiva. Si el jefe de «El Graduador» dijese que estaba agradecido al Sr. Castelar, por haberle dado una cartera en mejores tiempos, á todo el mundo estrañaría, porque al querer hacer alarde de aquella gratitud, se patentizaría la ingratitud mas negra á otras personas.

Larga va haciéndose esta réplica, y sin perjuicio de continuarla, si quiere «El Graduador», le diremos que en cuanto á la comparación, que olvidando el compañerismo, hace entre nuestro director y el jefe del partido liberal dinástico allicantino, es una burla impertinente que no merece mas que el desden con que la hemos leído.

Refiriéndose «El Eco» á la censura que dirigió, aunque él lo desmienta, á la Real Academia de la Historia de la que es presidente el jefe del partido conservador D. Antonio Cánovas del Castillo, dice:

«Lo que nosotros hicimos fué llamar sencillamente la atención sobre el asunto, y escribir particularmente al señor Cánovas, cuya carta contestación se diferencia bastante de la que sus jefes dirigieron no hace mucho al director de EL CONSTITUCIONAL DINÁSTICO.»

No recordamos que los jefes del partido constitucional dinástico hayan dirigido á su órgano en la prensa ninguna carta; si se refiere á la que suscribieron el otro día algunos constitucionales, debiera con más propiedad haber dicho «El Eco», algunos correccionarios, que no tienen la representación que supone el periódico conservador, ni mucho menos.

Ayer debió terminar su discurso el Sr. Navarro y Rodrigo, espli-

CAPÍTULO III

LXXI.

.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....

—Vamos, Fior d'Aliza,—continuó dirigiéndose á la joven y tímida esposa;—cuenta al caballero tu idea al hacer lo que hiciste, y cómo la gracia de Dios ha encaminado todas las cosas en pró del amor, á pesar de tantos trances. Mirad este hermoso niño sonrosado, de tres meses, que duerme sobre su seno blanco y siempre llenos; es, sin embargo,

mío; ó mejor dicho, no eran dos corazones, era uno solo que animaba dos personas. Por manera, padre y tia,—dijo volviéndose un poco hacia ellos,—que creis que yo solo estoy aquí con vosotros; ¡pues bien! nada de eso; está todo entero conmigo, le veo, le siento, le oigo y lo hablo. Los centinelas que le guardan allá abajo creen que está solo encadenado en el banco de su galera; pues se equivocan; yo estoy toda entera con él y en él, tan presente, como creis verme en la cabaña; así era, es y será siempre. Según parece el amor es un misterio.

Cuanto llevo dicho no tiene más objeto que decirnos que yo no sabía darme cuenta del sentimiento de amor que me inspiraba hasta el momento en que los esbirros al conducirme á la muerte, nos enseñaron que no podíamos vivir uno sin otro. ¿No es verdad que Dios ni sus ángeles nada podían encontrar indigno de la virtud, puesto que éramos tan inocentes como estas dos gotas de leche que se confunden en una sola al caer de mis pechos sobre es labios de este inocente?

La imagen cuya significacion nos comprendía el candor de aquella sencilla joven madre no hizo sonreír al ciego, ni á la tia, ni á mí; todo era pureza en aquella boca pura, virgen de alma aunque con su fruto de inocencia pendiente de sus pechos.

